

Cien años del nacimiento de Pedro Sainz Rodríguez

## El intelectual y el político

**H**ACE cuarenta años que Pedro Sainz Rodríguez me dio un buen consejo, por el que siempre le he estado agradecido. Al ver que yo, humanista y filólogo, me sentía obligado a circular por la vida pública y a gastar tiempo en la política, me dijo, y me repitió con insistencia, que tuviera permanentemente entre manos proyectos científicos que me interesaran y que fueran de cierta envergadura, a los que siempre estuviera deseando volver, aunque pensara que no los terminaría nunca. La política, añadía Sainz, ofrece, en no pocas ocasiones, vacaciones muy largas, y un intelectual responsable debe saber que hay que hacer muchas más cosas en la vida al servicio de la cultura a que se pertenece. Es lo que había hecho él y siguió haciendo hasta el final de su vida. Yo espero continuar fiel a su sabiduría en mis ya largas, o más bien definitivas, vacaciones actuales.

En sus últimos años la actividad política de Sainz fue principalmente literaria, como memorialista y editor de la mayor parte de la correspondencia entre el Conde de Barcelona y el general Franco. Pero también pronunció —por fin!— sus discursos de ingreso en las Reales Academias de la Lengua y de la Historia, reelaboró antiguos estudios y publicó otros nuevos. Había fallecido en 1986 y tres años después aparecía su «Historia de la Crítica Literaria en España», con 367 páginas, gracias a la leal devoción de su entrañable discípula y amiga Consuelo Gil.

Pero en el caso personal de Pedro Sainz hubo una notable coherencia entre su actividad política y su obra de historiador y de filólogo. El gran asunto de su vida era España. La España de la historia —de toda la historia de España—, que él quería ver continuada en el futuro. Ese último libro del 89 contiene las esencias de lo que fue una dedicación suya desde que llegó a la Universidad con quince años. Cuando apareció ese volumen, publicado por Taurus, yo escribí que era «el tronco esencial de lo que hubiera sido» una de las magnas empresas culturales que Sainz había diseñado en sus años mozos y en la que estuvo trabajando (a su manera, rigurosa y bohemia) toda su vida. Recuerdo en su librería lisboeta de Alexandre Herculano las gavetas en que se acumulaban sus fichas y noticias de lo que él llamaba «Materiales para una historia de las literaturas hispánicas».

La biografía del político Sainz es bien conocida. Joven catedrático, no dejó de colaborar con la dictadura de Primo de Rivera, durante la que fue asambleísta, pero manteniéndose a la vez crítico y leal. Después sería uno de los organizadores del mensaje y visita de los intelectuales a Cataluña, con el que se pretendía hermanar a los escritores y personalidades de la cultura de las dos principales lenguas de España. Declarado opositor a la Segunda

República, fue uno de los inspiradores intelectuales de la renovación del pensamiento monárquico español en aquellos años, a la vez que diputado y activo urdidor de encuentros políticos y de conspiraciones varias. Ministro de Educación en el primer Gobierno de Franco, devolvió a las Humanidades un lugar eminente en la enseñanza con no poco provecho para la cultura nacional. Destacado consejero del Conde de Barcelona y adversario del general Franco, fue desde su forzado exilio

realizaciones, no sólo en las grandes figuras de dimensión universal sino en las «clases medias» de los escritores espirituales, que eran los autores de que se nutrían los grandes místicos y los más modestos maestros y predicadores, que eran los que llegaban al alma del pueblo cristiano. Son sus famosos estudios de mística, que él decía, irónicamente, que no le perdonaban algunos, a los que les irritaba que se hubiera podido llegar a la mística sin pasar por la ascética.



En la imagen, durante una audiencia de Su Majestad el Rey en 1980, Don Juan Carlos departe amigablemente con el propio Pedro Sainz Rodríguez, Soledad Ortega Spottorno y Emilio García Gómez

portugués una permanente referencia para políticos de derechas y de izquierdas, y para intelectuales republicanos y monárquicos, socialistas, carlistas, falangistas, democristianos, etcétera, con los que mantuvo unas exquisitas relaciones de entendimiento y amistad, con independencia de las afinidades o diferencias ideológicas que con ellos pudiera tener.

**E**N un trabajo mío de 1962, dedicado a comentar el libro de Sainz «La Espiritualidad española», yo señalaba que don Pedro había seguido tres grandes líneas de trabajo en sus estudios sobre la cultura española. Una era la Historia de las historias de la literatura y de la crítica literaria, o sea la historia de las reflexiones sobre la literatura española y su proyección en la cultura nacional. La había empezado en 1916, con su primer artículo, a los diecinueve años, y la prosiguió de modo intermitente pero continuo hasta el libro de 1989. Otra era la de la Bibliografía sobre la literatura española, que culminaría en los cinco tomos de la Bibliografía Hispánica de 1976. Otra, en fin, la de la espiritualidad española que le hizo penetrar en las más profundas interioridades de la religiosidad española, examinando sus fuentes y sus

Por esas tres líneas de trabajo, Sainz se esforzaba en buscar el alma de España y el sentido de nuestra cultura, que él quería ofrecer actualizada y atrayente, a sus contemporáneos, como el suelo firme sobre el que se debería desarrollar la historia española.

Yo no he dejado nunca de pensar que en el ánimo de Sainz operaba como un ejemplo y un modelo la personalidad y la obra de Menéndez y Pelayo. Y que don Pedro había trazado sus proyectos de historiador de la cultura española con el ejemplo de don Marcelino por delante. Sus «espirituales» serían la otra hoja del díptico de los heterodoxos de Menéndez, su historia de la crítica literaria se corresponde con la de la estética del maestro, su bibliografía hispánica con la hispano-latina que dejó inconclusa el polígrafo de Santander.

El centenario de Sainz debería dar lugar a una reconsideración sobre la obra de su vida, que sirviera de estímulo a jóvenes estudiosos que tomaran en sus manos el testigo que él dejó a las Universidades, Academias y Fundaciones a que pertenecía, cuando ocurrió su fallecimiento a los ochenta y nueve años, en 1986.

Antonio FONTÁN